

JORNADA DE LA VIDA CONSAGRADA
(Catedral de Badajoz, 2 de febrero 20225)

Queridos hermanos y hermanas consagrados, queridos hermanos y hermanas todos: ¡El Señor os dé la paz!

Bienvenidos a todos vosotros a esta celebración eucarística en la fiesta de la Presentación del Señor, que es también la *Jornada de la vida consagrada*, en la que la Iglesia nos convoca a todos nosotros a ser “Peregrinos y sembradores de esperanza”, lema de esta Jornada, en el corazón de los pobres y humildes.

Nuestro mundo, en el que tristemente constatamos motivos más que sobrados para la desesperanza, está urgentemente necesitado de hombres y mujeres, sembradores que esparzan fraternidad, luz, esperanza en el surco del mundo.

Esta misión nos urge, en primer lugar, a nosotros mismos a dejarnos habitar por la esperanza, que para nosotros tiene un nombre: Jesús (cf. *1Tit* 1, 1). Jesús convocó a sus discípulos y hoy nos convoca a nosotros a estar con Él y para enviarnos a predicar (cf. *Mc* 3, 14). Jesús nos llamó para identificarnos con Él, nuestra esperanza y para comunicar una buena nueva: Él es nuestra esperanza. No podemos ser misioneros de la esperanza sino nos identificamos con Él. Solo si podemos decir con san Pablo “vivo pero no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí” (*Gal* 2, 20), podremos “peregrinar” junto al pueblo de Dios para “sembrar” y ofrecer lo que somos y tenemos, de lo contrario nuestra presencia nunca podrá despertar esperanza en el pueblo de Dios, nuestra sal será insípida y nuestras antorchas no podrán alumbrar el camino de cuantos peregrinan por este mundo.

El Señor renueva hoy su llamada a todos nosotros y nos dice: “Sígueme”. El Evangelio dice que al oír este imperativo Mateo, el pecador, “se levantó y le siguió” (*Mc* 2, 14). Esta celebración nos está pidiendo que renovemos nuestro sí al Señor: un sí gozoso, un sí radical, un sí generoso a aquel que *nos amó primero* (cf. *Jn* 4, 19-21), sabiendo de quien nos hemos fiado (cf. *2Tim* 1.1), sabiendo también que más allá de nuestros fallos e incluso infidelidades podemos contar con su gracia y con ella nos basta. Como a Pablo hoy Jesús nos dice: “Te basta mi gracia, pues mi fuerza se muestra en la debilidad” (*2Cor* 12, 1). Y, apoyados en la gracia del Señor, esta *Jornada* nos pide que salgamos con la luz del Evangelio en el corazón y en nuestros labios, a repartir a manos llenas el pan de la esperanza y el bálsamo de la consolación, siendo fieles a nuestra vocación dentro del pueblo de Dios que nos llama, más allá de los carismas concretos que hemos abrazado, a ser *iconos de Cristo trasfigurado*, “subiendo al monte” y “bajando del monte”, poniendo “la propia existencia al servicio de la causa del Reino, dejando todo e imitando de cerca su *forma de vida*” (*VC*, 14). Mantenernos fieles con una *fidelidad creativa* (cf. *VC* 37), dejándonos renovar día tras día nuestro sí al Señor ese es el gran desafío que tenemos delante de nosotros. Eso es lo que esperan de nosotros nuestros hermanos los hombres, una fidelidad que nos lleve a “reproducir con valor la audacia, la creatividad y la santidad de sus fundadores y fundadoras como respuesta a los signos de los tiempos que surgen en el mundo de hoy” (*VC*, 14)

Muchas y bien conocidas son las dificultades por las que atraviesa la vida consagrada en estos momentos, dificultades, por otra parte, que comparte con las otras formas de vida cristiana. Pero “las dificultades no deben, sin embargo, inducir al desánimo. Es preciso más bien

comprometerse con nuevo ímpetu, porque la Iglesia necesita la aportación espiritual y apostólica de una vida consagrada renovada y fortalecida" (VC, 13). Siento que el Señor os nos dice si cabe con más fuerza que nunca: "Ánimo, porque yo estoy contigo, no desmayes porque yo soy tu Dios que te da fuerza, siempre te ayudaré. Te tengo asido con mi diestra" (Is 41, 10-13). Y también a nosotros nos dice, como al "derrotado" Elías: "Levántate y come, porque demasiado largo es el camino que te resta" (1R 19, 7). Demasiado largo, imposible diría yo, si contamos solo con nuestras fuerzas, en nuestros caballos y carros, en neutros números, en nuestras obras, corto si nos dejamos acompañar por Jesús.

"Ahora, Señor, puedes dejar a tu siervo irse en paz" (Lc 2, 29): Ese "ahora" es mucho más que un adverbio de tiempo: es un adverbio de salvación encontrada, de plenitud tomada en brazos, de promesas cumplidas, de futuro conjugado en presente... Ese "ahora" que impregna todas las palabras del cántico, es un adverbio de fe, que sólo en labios creyentes se puede abrir... "Ahora, Señor, puedes dejar a tu siervo irse en paz": es como si el vaso de la vida de quien así habla, se hubiese llenado de paz hasta los bordes... Es como si nada quedara ya que esperar, como si nada quedara ya por ver...

Y si preguntamos –al justo Simeón, a la profetisa Ana-, ¿qué es lo que ha acontecido para que irrumpiera en su mundo la novedad de ese "ahora"? Los dos te dirán: Hemos visto. Entonces viene a la memoria la vieja definición de fe en el catecismo de mi infancia: "Fe es creer lo que no vimos". Y escucho de nuevo la voz de Simeón, la voz de Ana, que, a su modo, van diciendo: No, no, no es verdad; fe es ver lo que creemos.

Entonces vuelvo a preguntar: ¿Qué es lo que hoy habéis visto? ¿Qué es lo que ha entrado en el templo? ¿Qué es lo que ha entrado en el tiempo y hecho posible ese "ahora" que ya nunca se acabará?

Hemos visto –responderán- lo que el profeta había anunciado: "Entrará en el santuario el Señor a quien vosotros buscáis". Hemos visto lo que el salmista había cantado: "Portones, alzad los dinteles, que se alcen las antiguas compuertas: va a entrar el Rey de la gloria" (Sal 23, 7). Hemos visto lo que el evangelista ha narrado: "Sus padres llevaron a Jesús a Jerusalén para presentarlo al Señor" (Lc 2, 22). Hemos visto a un niño, lo tomamos en brazos, y en ese niño reconocimos "al Señor", "al Rey de la gloria", reconocimos "al Salvador", al que es Luz para iluminar a las naciones, al que es Gloria del pueblo de Dios (cf. Lc 2, 30-32).

Hemos visto... Lo dicen Simeón y Ana, y con ellos lo va diciendo la Iglesia que, impulsada por el Espíritu, ha venido hoy a celebrar la eucaristía: en la palabra que escuchamos, en el pan que comemos, hemos visto al Señor; en la comunidad que somos, en los pobres que abrazamos, en la humanidad que amamos, hemos visto al Salvador.

Ahora eres tú la que, con el salmista, vas clamando: "Portones, alzad los dinteles, que se alcen las antiguas compuertas: va a entrar el Rey de la gloria". Y adviertes que estás clamando, no a las puertas del templo de Jerusalén, sino a las puertas de tu propio corazón, para que, abiertas de par en par, dejen paso al que esperas, al que buscas, al que necesitas, al que amas, al que llega, a tu Rey, a tu Dios.

"Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios" (Lc 2, 28): Tú escuchas la palabra de Dios y comulgas el Pan de la eucaristía –es tu modo de tomar en brazos el sacramento de la salvación, es tu modo de tomar en brazos a Cristo Jesús-, y entonces tu "Ahora", porque en la eucaristía, también tú has visto que Dios ha entrado en tu vida, también tú has visto al que es tu Salvador.

Y, si vemos en la Eucaristía al Salvador, se nos abrirán los ojos para que lo veamos siempre en los pobres. Fiat, fiat, amen, amen.

*+ Fr. José Rodríguez Carballo, ofm
Arzobispo de Mérida-Badajoz*